

Marcial está adormilado cuando un sonido familiar le despierta. Era Camarón de la Isla, que lo tenía como melodía en el móvil, ya que el flamenco era su debilidad, por no decir toda su vida, aunque siempre le había gustado muchísimo también el heavy metal. De hecho si había escogido aquel barrio para vivir había sido precisamente por eso, porque al salir de trabajar podía pasarse por los Bajos de Argüelles y encontrarse en el paraíso escuchando su música favorita. Aquello, cuando él había llegado, estaba siempre abarrotado. Pero desde hacía unos cinco años la cosa había declinado, porque a los propietarios de los bares les habían obligado pagar una licencia especial, y eso les había arruinado. Lo del flamenco le venía de la infancia, porque su madre tenía familia gitana. De joven no le interesaban ni el cante ni la guitarra flamenca, pero con el tiempo se había ido aficionando, especialmente a cantar. Como en la casa donde estaba la pensión, la gente que vivía era muy mayor, las vecinas tenían aún el hábito de entonar coplas y canciones populares que resonaban a través del patio, y él se las había aprendido de memoria de tanto oírlas. Luego, poco a poco, por variar el repertorio, había ido recuperando de la memoria las que cantaban sus vecinos cuando era niño. A su madre, la pobrecita, su padre nunca le había permitido ni cantar ni bailar flamenco con los suyos. Decía que eran unos malnacidos, y unos vagos. Él era albañil. Siempre llegaba a casa sucio y malhumorado. A él le parecía que de nada servía trabajar para acabar así, por eso había dejado de estudiar, para no convertirse en un amargado. Lo único que quería con dieciseis años era una cazadora de cuero como la que llevaban los heavies, los tipos duros por fuera pero tiernos por dentro, que pensaban en melodías, como los antiguos trovadores, en vez de dedicarse a fastidiar al prójimo. Como su padre, cuando le pidió dinero para la chupa, le propinó una paliza con su cinturón, entonces se fue de casa. Ahora se daba cuenta de que había hecho lo que él quería, para que así su mujer sufriera aún más, como si no tuviera bastante con los insultos y las humillaciones que sufría a diario. Seguro que su maldito progenitor hubiera deseado que se volviera yonqui, pero, eso sí, de milagro, no lo consiguió. Al llegar, en plenos ochenta, la heroína estaba tan de moda que era difícil no caer en la tentación. Sin embargo aquella serpiente del paraíso, aún tras su picadura, no consiguió condenarle. Tampoco lo logró el alcohol, y ni siquiera las mujeres. Había algo dentro de él que le hacía permanecer inmune al vicio. Él creía que esas cosas eran innatas, que el que nacía ladrón, mentiroso o violento, había que aceptarlo como era, y en todo caso poner límites a sus instintos, como en el caso de los políticos. Para él ellos eran los verdaderos malnacidos, y no los gitanos, y menos los que llevaban dentro el mayor arte que ofrece la naturaleza a algunas especies, la canción. Él, si tenía un vicio era ése, el de cantar como los pájaros. Y también le gustaría volar como ellos, y construir un nido en un árbol de aquella calle en la se encontraba su hogar. ¿Quién me llamará a estas horas?